

Antología de Milber Fuentes

Presentado por

Poemas del Alma 



Índice

Ojos llenos de historias circulan en cada pasaje para nutrir sus asiduas experiencias

Esta bandada en vuelo nocturno.

Espacios ocupados naturalmente por la nada.

Hábitat sin domicilio un alma enunciada a cada momento.

Eterna en la Noche: Relato de Sombras y Lumbre

Ser en lo sido eso que nunca será en lo venidero

Ojos que no piden permiso marcan el camino para un final.

Ser en el más minúsculo detalle de la palabra, única forma para la experiencia.

Minúsculos destinos esparcidos hasta desaparecer.

La realidad de un mundo que ignora su propia existencia para existir.

Establecido en el mundo, constituido en las circunstancias, supeditado día a día al irrevocable eterno
partir, poco a poco

Los instintos que potencian la transgresión, son la fuerza para evitar esos límites?

Límites transgredidos por unos silencios impositivos que a como dé lugar realizan sus deseos.

A veces, me encuentro abriéndome camino, como quien intenta descubrir las grietas que separan
tus mundos.

Emociones que se agolpan para cumplir una misión, llegar siempre a ti.

Justo lo que es, casi destructivo cuando debe ser, así naturalmente.

En la ciudad de las cimas invisibles

Desde el océano de combates perdidos, ganas el encuentro con tu propio ser.

Mientras todo está perdido solo queda una caída sin descanso.

La forma que no encaja en lo olvidado por no adherirse a las convenciones.

A tu tiempo, es esta declaración del tiempo robado por tu propia mano.

Manifiesto del Deseo, toda una vida de sueños Postergados

Metafísica del ocultamiento verdad intrínseca bajo la Piel.

Manifiesto de las cicatrices invisibles declaración de un alma en disputa.

Estas Heridas: Fragmentos de un Abismo, Alquimia del Dolor y Cicatrices de una Voz Tenue que

Pocos Escuchan en Silencio

Costuras de la realidad dualidad de la frialdad y el Sueño

Manifiesto Contra la Belleza Prestada: Eres Más Que la Estética de los Otros

Dinastía en la ventana: Legado en miniatura de las herederas de la noche, vigilia para las guardianas.

Sueños inflamables: Estos reflejos en el umbral fuego que el tiempo no apaga

Reloj sin manecillas: la sombra de los actos que emancipan los miedos

El tiempo que no habito tiene la habilidad de nombrar la muerte y parece escucharse mi nombre.

Bocados pequeños para cambios rotundos, decisiones trascendentales para unas cuantas acciones inefables.

En Noches como Esta: El Pensamiento se inunda de esa presencia que fluye en el cauce que aun desconozco.

El Abismo Responde: Coreografías en el Laberinto, Máscaras de lo Profundo

Días de Libertad, Amaneceres sin Dueño: el Regreso del látigo

La Paradoja del Juicio: Fragmentos de un Enigma, Siluetas de una Relación

La Cacería Interior: Espejos de miedos sometidos a nuestras sombras por las bestias de nosotros mismos.

Ecos de la Apariencia: Simulacros del Ser, Verdugos de lo Incomprendido siendo Inquilinos del Vacío.

Los Dueños del Espejismo: Reflejos de una jaula, la trampa en el espejo con ilusiones de superioridad.

Detente un instante, y piensa en cuánto podrías revelar al mundo cuando ceses esa danza ciega.

Náufrago en tu Mar: A la orilla de la redención existe un sorbo de eternidad.

Ser un mito en el eco perdido de los otros.

Ojos llenos de historias circulan en cada pasaje para nutrir sus asiduas experiencias

Aún después de asiduos lugares recorridos, esta vida está hecha de devenir y en él me regalas tu silencio con una sonrisa cómplice de... me regalas tu parálisis cuando estoy a milímetros de faltarte al respeto. Se me hace divertido tu sutil manera de frenar el ímpetu. Sin embargo, me presentaste a tus besos, tus labios que parecen inocentes se asomaron meticulosamente a mi boca, tocaste en suave roce cual pinceladas dibujando mis labios con los tuyos, y éstos ahora están húmedos como pintura fresca. Fue sólo una pequeña probadita y ésta fue tan única como un fruto exótico del que creo soy el primero en degustar. Pero ángel de ojos negros que custodian tristeza, me temo que los bocados grandes son lo mío. Aquella mañana en la que irrumpiste en mi espacio, tu aroma hacia antesala a tu presencia, fue entonces cuando por primera vez escuché tu voz y sin saberlo le hablaste a una parte de mí que ni yo mismo conocía. Desde ese día jamás eres pasado siempre estás presente, el raudal de ti en mi es soledad. Encuentro en tus ojos oscuros, fijos, continuamente exorbitados, pero pequeños a la vez, curiosos y siempre a la espera. A mi Amélie de Jean- Pierre Jeunet, pareces fría, pero desbordas de palpitantes emociones. Espejo de morena Gala, blanca y frágil, tienes una negra dentro, debo tratar con suficiente atención tu piel, tu cabello, en dónde mis dedos son insurrectos. Preguntas quien soy, como es posible que no te tome a la primera, como es posible que aún no te falte al respeto. Descubres esa voluntad indomable que se advierte en mí, pero tu presencia revoluciona mi experiencia, mis instantes. Ángel de mirada fija, siempre a la espera de... te sometes solo a tus propios sentimientos, y estos están comprometidos, me pides en voz queda que te siga besando, volviendo a retocar la obra de arte que construyes palmo a palmo con tus fértiles labios horizontales. Siempre te veo sola, pero es toda una manada la que esta tras de ti al asecho. En otro tiempo fuiste alimento de las circunstancias y éstas aun te someten, ansío tu libertad, quiero transformar tu tristeza que sabes esconder, que tu soledad sea nuestro vínculo. Entra solo un momento, mi refugio te espera, aquí las investiduras, cadenas, cerrojos y candados, no tienen sentido, así que no son necesarios. Tarda, sólo el instante suficiente para que bebas de esa libertad que parece dormida y yo tomaré únicamente lo que ya me has dado, nada más que eso. A menos que allí seas generosa, a menos que al respirar el aire que sale de mí cuando te tengo cerca, quieras durar un poco más... Pero ángel en litoral de arena menuda blanca y cálida, un poco más no es para siempre. Un poco más, es sólo el momento atemporal en el que quieres respirar el aire que respiro cuándo transformas la realidad.

Esta bandada en vuelo nocturno.

Cuando me encuentro con el arbusto de flores negras que es tu pelo, me recuerda que a veces imagino las flores como bandadas de pájaros, que la selva de plumas es realmente una muchedumbre de pétalos. De cualquier modo, las rosas, los tulipanes, así como las golondrinas y estorninos, cumplen la misión de llevar mis mensajes. Aunque pueda que unos resistan más el peso de mis palabras, quizá los pájaros de plumas puedan transportar estos mensajes de carne y de huesos. Los otros, los de pétalos, quizá soporten los sueños y las ideas. Pobres flores, hoy llevan en banda una carga muy pesada.

Espacios ocupados naturalmente por la nada.

Después, mucho después... cuando ya no estaba, se pudo sentir que la ciudad entera había quedado vacía, así que contaba historias en los espacios en los que seguramente había transitado susurrando a las paredes. El mensaje fue más simple que el de otros días, se corrió la voz en las grietas de las calles más angostas con pequeños roces al respirar en las paredes frías componiendo así este alfabeto, y los enormes edificios desocupados fueron el emisario. Toma atenta nota, esta mañana quiero respirar su piel con pocos discursos, solo respirar su piel.

Hábitat sin domicilio un alma enunciada a cada momento.

Sus labios son ese territorio donde se posa fértil el alma, el lugar del que emerge la voz para encarnar el gentilicio que anuncia la procedencia, nacionalidad de estos ojos. Hace tiempo que solo existe la compañía de ser apátrida desarraigado a fuerza del hogar anidado entre esas piernas fecundas por si mismas, ese mismo hogar que ya fue tomado por otro pueblo, restringido poco a poco hasta perder la ciudadanía de su piel.

Eterna en la Noche: Relato de Sombras y Lumbre

La oscuridad tiene nombre propio y habita en unos labios prominentes. Ojos abismales biselados por trenzas en una piel que se ofrece como la noche y es el puente que recorro en todas direcciones, interminable. Mas hay luz en la noche, y el prudente afán de proteger ese faro ha invocado el amanecer. La luz de esa noche es una brizna débil al salir el sol, y se extingue.

Ser en lo sido eso que nunca será en lo venidero

Eres ese lado oscuro que tiene mi alma de ida y vuelta, de cerca y de lejos. Tan seductor que es capaz de mantener activa mi curiosidad. Golpeas y acaricias al tiempo. Utilizando la herramienta de siempre, unas veces con la punta de la hoja y otras con la empuñadura.

Ojos que no piden permiso marcan el camino para un final.

Estos ojos que hasta ahora me acompañan son colas de gato. Ven el mundo sin mi permiso, consumen la vida a bocanadas gigantescas, desde antes del sol rojo de la mañana hasta el cansancio del sol de la tarde. Los días son todo lo que ellas ven, colas de gato que son látigos caprichosos que toman la decisión de ver lo que desean.

El día de mi muerte será el día que esas colas ya marcaron. definitivamente no será un lunes, quizá en domingo cuando todo está en silencio, o un sábado ruidoso. Sé que no será en calma; será un espectáculo, como los viernes, cuando unos miran el crepúsculo y otros la novela de la tarde. Yo, mientras, gritaré anunciando mi final.

Ser en el más minúsculo detalle de la palabra, única forma para la experiencia.

Ella, siempre con su andar presuroso, tacones medianos y el cabello rubio que juega con el viento, labios siempre a punto de pronunciar un misterio. Cuando veo su imagen, es como si el silencio entre nosotros hablara. Me interroga, me desarma. De mí nacen palabras incontables, como los eslabones de una cadena rota que, en su destrucción, expone mi necesidad de comunicar lo indecible. La vi, sonriente, pero su risa no era para mí. Me miró, un instante detenido en el tiempo, y luego se fue. ¿La próxima vez me acercaré, para reír con ella?. Pero nuestra cercanía siempre ha sido distante, de esas que solo saben decir 'hola', 'qué tal', 'adiós' sin más. Y sin embargo, aquí, en las palabras, nos sentimos más cerca. Es este el único espacio donde mis palabras, libres, alcanzan algo parecido a lo que siento. Pero lo que siento no tiene nombre, es innombrable. Por eso su juicio, tan preciso, nunca podrá entender mi caos, mi falta de convenciones. Y así sigo, perdido entre lo que no puedo decir y lo que nunca será comprendido.

Minúsculos destinos esparcidos hasta desaparecer.

Criatura de voces cortas y augurios largos,
tu incesante proceder impredecible
pone los ojos del mundo sobre ti.
El mundo, testigo mudo, contempla
cómo tejes, uno a uno,
los eslabones de una interminable cadena de verdades a medias.
Ser de incontables palabras,
tus presagios son huesitos quebrados,
cadáveres olvidados al borde de carreteras desiertas.
Bajo el paso regular de los vehículos,
se deshacen lentamente
hasta que no queda nada.
Es el polvo de tus verdades lo que respiramos,
mientras los días se desvanecen
como las sombras al final del crepúsculo,
y tus palabras, inútiles,
caen al suelo, inertes,
sin encontrar eco en el abismo.

La realidad de un mundo que ignora su propia existencia para existir.

Prisionero perpetuo de una realidad inexistente,
habito entre el escepticismo,
la quimera de la libertad,
y la vacía otredad.
Soy el oprobio del tiempo,
una sombra que suma bajezas,
mientras la vida continúa, indiferente.
En esta era que habito,
puedo mutilar a mi vecino con sutileza,
para luego decir: "No fui yo."
Y la vida seguirá, como siempre,
en su danza lenta y sin eco.
Veo el karma como una deuda eterna,
una factura por pagar,
una condena que nunca termina.
Los engaños son viajes invisibles a través del tiempo,
mundos ocultos que se entretejen en las sombras,
realidades paralelas donde las decisiones crean universos
que se disuelven en la nada.
Incapaz de soportar mi propia vida,
fabrico otra,
un refugio de sombras tejidas,
una casa en la niebla donde me pierdo.
Espero que las aguas claras
se queden en la superficie,
porque mi verdadera morada
es la oscuridad abisal,
donde el sol jamás encuentra lugar.

Establecido en el mundo, constituido en las circunstancias, supeditado día a día al irreatable eterno partir, poco a poco

Cuando era niño ?aunque ya contaba con 27 años?
conocí a una niña hermosa en un lago.
Ella, mucho menor,
me convirtió, sin saberlo, en hombre.
Me embelleció como el primer trazo en un lienzo virginal,
desplegando una gama infinita de colores
que, tal vez, siempre habían estado allí,
esperando la mano que los revelara.
Puso luz con una pátina firme y decidida,
mezclando los colores como quien conoce
los secretos más profundos del universo,
interpolando cada tono como si leyera los astros.
Y fue solo después ?mucho después?
cuando comprendí que la amaba,
profundamente,
como se ama lo irrecuperable,
lo que nos transforma y luego desaparece.

Los instintos que potencian la transgresión, son la fuerza para evitar esos límites?

Instantes exiliados del tiempo,
capturados en fugaces polaroids,
un permanente devenir.

Pequeños momentos, como pequeñas sus manos,
ansiosas de desplegar la honda voluntad de un hombre
que solo pide más.

Ella, siempre natural y firme en sus emociones,
se deja arrastrar por el torrente de sus pulsiones,
escalando los límites que se atreven a nacer.

El escenario que ambos crean es perfecto;
él no acepta el umbral del "ya no más",
mientras ella ansía probar la fuerza
que disuelve esa tensión.

Limites transgredidos por unos silencios impositivos que a como dé lugar realizan sus deseos.

Promesas rotas, abandonadas en las esquinas del deseo.

Ella, diminuta en cuerpo, pero inmensa en ansias,

se rinde ante la sed de sus propios labios,

transgrede su voluntad para abrazar

la pasión que ha ido cincelandando, día a día.

Sus ojos?dos pozos de sombra?

demandan lo que el silencio le niega.

Él la desviste, pero ella, audaz,

se adelanta en despojarlo de lo que lo separa

de su piel, del calor de sus venas.

En un movimiento que el tiempo ni la razón sostienen,

lo toma. Él, ya no más suyo, es apenas

un eco de su voluntad cavernosa,

un instrumento que ella guía

con manos pequeñas, pero seguras.

Sobre él, vigila, observa,

como quien traza un mapa sobre la piel del deseo.

Cree dominar, cree que el control es suyo,

que cada movimiento es una respuesta al latido

de su propio placer, a su ritmo.

Pero, en el último instante,

cuando los gemidos son apenas un eco

en el silencio de la madrugada,

él, expedito, se retira,

rompiendo la línea de sus anhelos.

Un beso sellado en la boca del silencio.

Ella no ha sido saciada,

y su silencio es el reclamo que la noche

no se atreve a contestar.

Él, entonces, cede.

Cediendo, la adentra en un nuevo terreno,

donde el placer es una frontera que ha de cruzar
sin mapas, sin guía, solo con el grito
de su cuerpo, que ya no le pertenece.
Ahora, en el borde de lo soportable,
toca la puerta de sus propios límites.
El deseo, una vez liberado,
ya no obedece más reglas
y, con un suspiro, pide parar.
Pero ya no hay regreso.
El placer ha trazado nuevos caminos,
y la única ley que queda
es el deseo de más.

A veces, me encuentro abriéndome camino, como quien intenta descubrir las grietas que separan tus mundos.

Sabe el alma del regreso,
del reencuentro con tu risa,
con el tacto que calla distancias,
con la cercanía de tu boca,
esa boca que, húmeda,
se abre como un jardín secreto
cuando me invitas a ser en ella.
Amo tus labios cuando buscan los míos,
en ese instante donde el mundo se repliega
y solo quedamos nosotros,
como dos líneas en el borde de un poema,
esperando encontrarse.
Extraño el tacto inexplorado
de toda tu piel,
presentarme ante tus senos
y dejar en ellos secretos de mi lengua,
como si el deseo hablara en murmullos,
lamiendo la gloria que en tu pecho despierta,
mientras el tiempo se suspende
y me consumo en pensar en ti.
Tus caderas, el territorio donde juego,
separándolas con la ternura de quien busca,
una y otra vez,
el centro de todo deseo,
imaginando estar entre ellas,
una y otra vez,
como un navegante
que encuentra su norte en la suavidad de tu piel.

Emociones que se agolpan para cumplir una misión, llegar siempre a ti.

El deseo, ese punto diminuto en el horizonte,
es la estrella oculta que guía mis pasos.
Con la firmeza del andar, lo lejano se acerca,
el eco de la distancia, un mapa trazado por el latido.
Eres tú, la cifra indescifrable de mi pasión,
el enigma que siempre se me escapa,
y al tocarte, siempre quedo corto,
como quien busca medir el infinito con las manos.
No puedes imaginar lo que ocurre en mí
cuando te pienso, cuando te deseo.
Ahora, siempre. Como un río que ignora su fin,
te deseo en cada instante, en cada respiro.

Justo lo que es, casi destructivo cuando debe ser, así naturalmente.

Solo sé sentir de una maldita forma,
el tiempo es una basura
si no es contigo, con pocas razones cuando es sin ti.
La cuestión es que sin tu existencia, soy definitivamente un maldito hombre,
dispuesto a partir más de un rostro a puñetazos,
a romper más de un corazón, sin remordimientos.
La realidad es otra broma pesada
si no estás metida en ella.
Cada vez que algo bueno ha pasado,
has estado ahí,
aunque ni lo hayas sabido.
No eres un faro, ni una jodida guía espiritual,
pero tu sombra ha estado en cada rincón de esta vida.
Todo depende de ti, del maldito brillo que sueltas,
cuando tienes ganas de alumbrar.
Yo solo me arrastro detrás,
como un perro tras una luz que nunca alcanza,
porque el sol no me calienta sin tu reflejo,
maldita sea, eres todo lo que tengo.
No sé que fue lo que te puso en mi camino,
pero ése ser sabía lo que hacía.
Me hizo ver que la realidad
no es más que el eco sucio
de lo que tú dejas en mí.
Eres mi sol encubierto,
mi pequeña lámpara de motel,
que ilumina justo lo que necesito ver
en esta puta oscuridad.

En la ciudad de las cimas invisibles

En la ciudad donde cada montaña
se oculta tras la esquina,
la libertad se traduce en cargar,
cuesta arriba, cada fragmento
del mundo roto que llamamos vida.

Es un cúmulo de identidades,
promesas rotas, dolores mal llevados.
Apegos que pesan,
una singularidad cínica que gime,
el desencanto de un mundo que se desvanece.
Seguir un norte sin serlo,
confiar en quien nunca debiste,
es poner la bala en la recámara
de una herramienta que te apunta
directo a la frente.

La libertad es pagarle al carcelero,
al que azota,
para que haga mejor su trabajo.
Es obedecer para ser libre,
es encadenarse al látigo
con la promesa de que el dolor
te haga más fuerte.

Desde el oceano de combates perdidos, ganas el encuentro con tu propio ser.

Revisando viejas batallas, algunas aún rezuman
sangre, sudor y lágrimas.

En términos de bajas, aquello fue un desastre,
una derrota inscrita en el cuerpo.

Pero veo el camino recorrido en mis adentros,
un sendero que se aproxima, lentamente,
a lo que soy realmente.

No salí indemne de ninguna de ellas;
las pérdidas, enormemente vastas,
dejaron cicatrices donde una vez hubo certezas.

A decir verdad, la cabeza baja,
pero el hombre se alza, más fuerte,
un poco más cercano a sí mismo.

No repetí los mismos errores, salvo uno:
amar a la misma sombra, al mismo rostro,
pero incluso ayer, ya conocía el perdón
que me ofrecí en silencio,
el amor propio que invade mi firme decisión
de seguir amando a esa imagen en el espejo.

Cada batalla me enseñó que el verdadero yo
reside en lo que entrego, en lo que ofrezco.

Y quien no lo ve, pues...

es un espectador ciego

de un combate que nunca entendió.

Mientras todo está perdido solo queda una caída sin descanso.

El abismo no tiene fin, solo el eco de lo que fuimos.
Caemos sin tregua,
la piel desgarrada por el viento,
el hueso desnudo ante el vacío.
El tiempo es testigo mudo de la carne que se desprende,
constelaciones de dolor brillan bajo la piel rota.
A veces,
la caída es lenta,
el aire suave como una caricia olvidada,
pero las heridas no sanan.
Las costras son máscaras quebradizas,
y debajo, la carne arde,
siempre viva,
siempre abierta.
No hay fondo,
no hay fin,
solo el abismo que nos llama por nuestro nombre.

La forma que no encaja en lo olvidado por no adherirse a las convenciones.

Hay algo que olvidaste:
yo soy lo poco convencional.
Cuando miras el mundo,
ves una forma de unificarlo,
y yo soy esa grieta,
el margen que no encaja en tus esquemas.
No creo que lo que soy
pueda juzgarse igual que a los hombres.
A veces, cuando ves a un hombre,
yo soy un niño, con su risa sin freno;
y cuando buscas castigar al niño,
me encuentro como un anciano sin tiempo,
una sombra que se desliza por la historia.
Si hablas de mí con un género preciso,
piénsame en femenino, en la dualidad que arde.
No me juzgues con reglas,
porque soy lo bueno y lo malo, no lo bondadoso y lo malvado
un juego de luces y sombras
que no se deja atrapar en palabras.

A tu tiempo, es esta declaración del tiempo robado por tu propia mano.

A su tiempo, dice,
pero no el tiempo de los otros?
es tu tiempo, ese que corre sin freno,
que no pide permiso,
solo pasa con la autoridad que le diste,
y él, insolente, se la apropia.
La amargura, compañera silenciosa,
teje arrugas en la piel,
las arrugas cuentan, murmuran secretos,
revelan lo que el silencio tragó,
lo que a duras penas pronunciaste.
Son líneas de batallas que nadie vio,
una cartografía de heridas
y risas ahogadas en la madrugada.

Manifiesto del Deseo, toda una vida de sueños Postergados

Era el 7 de abril, año 2004,
una noche cualquiera a sus 46,
frío tenue, sexo nocturno,
y el hedor del tabaco de su mujer,
languideciendo sus ansias de vivir.
No era el miedo a un cáncer terminal,
sino la agonía de convivir con quien
le robaba el sueño, arrancaba el deseo.
Ella vivía para sí, y él?
arrastrado en la complacencia,
postergando anhelos como pan diario.
Cristian recuerda, no siempre fue tormento;
Hace apenas cinco años, decidió quedarse,
con aquella mujer algo mayor,
pero ardiente, una fogosidad
que disfrutaba sin medida.
En su juventud descubrió
que el sexo era un buen escape,
un alivio para los días grises,
aunque supiera que no era cura,
sino apenas un remedio pasajero.
Vivir con alguien que gozara de ese juego,
una útil coincidencia, un refugio
donde el calor de los cuerpos
silenciaba?por un momento?
el frío de la vida.
Pero hoy, en esta noche común,
la brasa del cigarro dibuja sombras
en la pared desnuda de sus pensamientos.
Y se pregunta, por primera vez,
si acaso la piel que toca cada noche
es la misma que lo encierra.
Se mira en el espejo,

las arrugas trazando un mapa
de los sueños no cumplidos,
y un cansancio tan profundo
como el deseo que alguna vez fue suyo.
Tal vez mañana decida marcharse,
o tal vez, como siempre, se queda,
haciendo de la costumbre su abrigo,
del deseo un murmullo lejano.
El reloj marca las dos.
Su esposa apaga el cigarro.
Cristian, en silencio,
piensa en la libertad,
pero la libertad también le teme al frío.

Metafísica del ocultamiento verdad intrínseca bajo la Piel.

La naturaleza íntima te esculpe con un fervor implacable,
tallando en tu ser rasgos que no puedes despojarte,
esa huella sutil que reafirma la metafísica de tu existir,
te da el verbo, la forma, y un tenue reflejo de comprensión.
Pero no es una religión que te redima,
no es un credo que disipe sombras en la fe de lo cotidiano.
Misteriosa, la vida se entreteje en formas de ocultamiento,
en la constante necesidad de ser visto, de brillar,
de sostener logros indiscutibles, de abrazar
una obsesión fría por mantener el estatus intacto.
Todo, con la vana esperanza de cubrir lo que nadie debería ver,
ese secreto a voces que el esfuerzo no logra silenciar.
La verdad se engendra cuando nos perdemos en los otros,
cuando nos devora la urgencia de ver sus faltas y carencias.
Así nos redimimos en un falso alivio,
señalando para exonerar las culpas propias,
borrando nuestra sombra con la moral que nos absuelve,
mientras otros cargan con la culpa que les arrojamos.

Manifiesto de las cicatrices invisibles declaración de un alma en disputa.

Cuan pobre es quien se cree rico,
cuando su oficio de suma importancia
es ser el siervo de los amos intermedios.
El tiempo, después de algunas experiencias,
después de cruzar la mitad de la vida,
deja de ser el trayecto que era antes,
ya no es camino, ni meta,
solo un contenedor que se llena a la fuerza
de recuerdos que pesan más que la carne.
Mira uno hacia atrás, siempre con miedo,
con el terror de haber dejado algo,
de haber olvidado un rastro, una huella,
y se encuentra con un recipiente repleto
donde cada experiencia aún palpita,
aunque el pulso sea apenas un eco.
Solo el látigo de tus emociones
te hace sentir, en cada pliegue de la piel,
el escozor de un tiempo inclemente,
como si el reloj no cuenta segundos,
sino latidos que se agotan sin prisa.
El miedo, la más egoísta de las sombras,
se convierte en el refugio de tus días,
una manifestación voluntaria y ciega,
que te acorrala mientras pretende avanzar.
Y las pasiones humanas,
tan entrelazadas en su propio nudo,
te empeñas en diseccionarlas,
en separarlas una a una, como si el orden
fuera la respuesta que buscabas,
sin notar que en esa frialdad quirúrgica
se pierde la tibieza de sentir.

Estas Heridas: Fragmentos de un Abismo, Alquimia del Dolor y Cicatrices de una Voz Tenue que Pocos Escuchan en Silencio

Soy testigo de la soledad,
un eco en el vacío,
donde antes había piel y músculo,
ahora solo hay un espacio expuesto,
un abismo que remiendo en silencio,
con hilo grueso de mis días perdidos,
cada puntada es un susurro,
una costura delicada que duele,
curarse a sí mismo es un arte cruel.
Estas manos, grandes y desgastadas,
sostienen lo único que poseen:
coraje, un peso,
un refugio en la penumbra,
las heridas cerradas,
con el tiempo, se llenan de mí,
sus sombras son mi esencia,
un testamento de lucha y renacimiento.

Costuras de la realidad dualidad de la frialdad y el Sueño

Hoy atestiguo:

he drenado mi vida de todo aquello,
lo que no fui, lo que se disfraza.

Su señoría, me declaro culpable,
culpable de la ausencia de inocencia,
soy fragmentos de lo que quedó de mí.

Dividido en partes ínfimas:

para los días de mares dorados,
las multitudes, el tumulto,
y las noches largas, llenas de sueños
donde el insomnio cosecha mi ruina.

Parte de mí es el frío que entiendo,
que analiza la realidad sin tocarla,
sin las manos que la corrompen.

La otra mitad, es suya,
dueña de todas mis fiestas,
compañera de tierras siempre verdes,
que ofrece cada pétalo,
en ese jardín fértil donde,
sin culpa, las pisadas ajenas
crujen los tallos que guardan mi esencia.

Manifiesto Contra la Belleza Prestada: Eres Más Que la Estética de los Otros

Te quiero.

Agreste, divina, cómica,
con tu propia estética.

La belleza de los demás, esa belleza ajena
en la que todos se pierden,
no te pertenece.

Es un hogar prestado que te rechaza,
con el mismo aire viciado que respira,
y lo sabes.

Es tu nueva estrategia para alejarte de la soledad,
y yo lo sé.

Pero negra, mulata, mestiza,
eres más que la belleza común,
más que eso que
todos desean poseer.

No derrames el almíbar al viento,
no invites a las mismas moscas que siempre rondan tu dulzura.

Eres más que la confusión para esos insectos,
eres única,
un tesoro,
no comida para vulgares.

Frustrados de un mundo que no te mereces,
eres una diosa.

Así que no comprendo
la necesidad de ser como los otros,
comunes,
presos de sí mismos.

Dinastía en la ventana: Legado en miniatura de las herederas de la noche, vigilia para las guardianas.

Cada noche, me visitan dos guardianas:
lagartijas regordetas que cruzan, una y otra vez,
la malla fina de mi ventana,
ese escudo de agujeros diminutos
que mantiene a raya a los insectos grandes.
Al principio, eran sombras familiares,
pieles frágiles, huesos visibles,
pero se hicieron fuertes,
sus panzas llenas, de tanto devorar lo mínimo.
Con el tiempo entendí:
no son las primeras, otras sucedieron a las de hoy.
Son las herederas de una lucha ancestral,
su dinastía escrita en cazas furtivas,
en noches de luz prendida,
que vuelven a sus patas más rápidas,
a sus ojos más despiertos.
Antes, la oscuridad las hacía perecer,
y yo hallaba sus cuerpos,
pequeñas tumbas en la malla,
reemplazadas siempre por otras, pequeñas,
que retoman la vigilia.
Hoy, en mis noches de vela,
soy testigo de su próspero combate,
de su linaje que sobrevive,
mientras yo también, a su lado,
vigilo y observo la danza,
el perpetuo ciclo de su lucha silenciosa.

Sueños inflamables: Estos reflejos en el umbral fuego que el tiempo no apaga

Hay más fuerza en tu existencia,
no en los años acumulados, sino en el deseo,
en el intercambio de fluidos,
como un pacto entre los días y las noches que ahora recorre despacio.
Los ¿oh, esos púberes?
se buscan a sí mismos, se miran en jóvenes reflejos fugaces,
creyendo que el tiempo es un camino que deben devorar.
Pero tú, con la serenidad de los siglos,
has visto pasar cada rincón del tiempo.
Y ahora, sentada sobre el borde de un sueño inflamable,
como quien sostiene un bidón de promesas y llamas,
sueñas con incendiar el mundo,
solo porque puedes,
porque en la calma de tus años has aprendido
que el tiempo no es más que un reflejo.
en el que ya no te ves.

Reloj sin manecillas: la sombra de los actos que emancipan los miedos

Tu emancipación ¿esa fiebre de los cuerpos?
tiene el mismo filo que el de quien se libera
de miedos triviales,
tan comunes como el tiempo que golpea sin piedad.
La culpa, esa sombra en los actos,
se queda contigo, aunque la devuelvas en caridad,
aunque devuelvas lo que hallaste en el camino.
Porque la culpa nace de tus manos,
de tus propios pasos sobre la arena,
y el acto de querer borrar la huella
es, aunque inocente,
un imposible.
Tendrías que hacer retroceder el mundo,
un reloj sin manecillas que vuelve a su origen,
pero el tiempo no escucha ni vuelve:
se nos va como el agua entre los dedos,
y todo lo hecho queda,
en el eco de una habitación cerrada.

El tiempo que no habito tiene la habilidad de nombrar la muerte y parece escucharse mi nombre.

¿Cómo se puede habitar el tiempo que no se conoce,
el futuro?

Cuando digo "no sé",
digo que no entiendo al tiempo,
que su paso me es extraño
y no creo en algunas promesas.
La realidad hace que tus palabras
casi acerquen ese futuro que temo,
como si al nombrar la muerte
cada día ella diera un paso hacia mí.

Imagino cambiar el mundo,
pero yo ¿sin variación, sin sombras nuevas?
no he cambiado en años,
atrapado en un reflejo inmóvil
que se resiste a moverse,
igual que el tiempo

Bocados pequeños para cambios rotundos, decisiones trascendentales para unas cuantas acciones inefables.

Para cambios rotundos
hace falta una bocanada de aire,
el primer aliento profundo
y un largo trayecto ?
salvo que estos cambios,
benditos e inevitables,
siempre tropiezan con un tumulto,
una marea de humanidad en la que apenas
distingo un rostro,
solo respiro frustración,
ira contenida,
hasta que el tiempo me entrega
un transporte donde puedo,
con suerte y unos golpes,
subir.
Dentro, un respiro breve,
engañoso.
No hay calma en el movimiento,
solo calor,
el peso del otro,
el tiempo cobrando un sentido miserable.
Siento cómo me falta el aire ?
tal vez es momento de desistir.
Hoy no será el día
para un cambio rotundo.
En la próxima parada,
salgo de este licuado de respiraciones,
me marcho a casa
tal vez, mañana,
logre comenzar de nuevo.

En Noches como Esta: El Pensamiento se inunda de esa presencia que fluye en el cauce que aun desconozco.

En noches como esta,
imaginó que mi alma se extiende,
se expande en ondas hasta tocarte,
aunque sé que no alcanzo.
Habitas en mí,
en cada palabra que dejas en el aire,
tu lenguaje navega mi memoria
como un río que, al hablar,
me habita,
gota a gota,
como un néctar antiguo que no termina,
como el eco de un nombre que aún desconozco.
Veo ese río del que siempre hablaste,
fluyendo invisible entre tus letras,
un río secreto al que retorno,
sin saber si al final
terminó de alcanzarte.

El Abismo Responde: Coreografías en el Laberinto, Máscaras de lo Profundo

No invoques razones de humo para tus decisiones;
permite que la lucidez trace la brújula de tus actos.
Comprender basta.

La tristeza crece, la frustración es un yugo pesado,
hasta que solo el abismo responde.

No adivinas cuán gélido soy;
tus juicios rozan apenas mi costra.

No es que no hiera, es que sé dosificar los golpes,
solo lo preciso para que recordemos nuestra carne.

Al final, cada circunstancia es sencilla.

Lo sabemos, mas no vivimos según esa certeza.

Somos adictos a nuestras propias danzas,
extraviados en el laberinto de la mente.

No nacimos para tejer complicaciones,
ni para ceñirnos máscaras y artificios.

¡Normal, dados! ¿Qué es normal, en verdad?

Será solo otra de tus ideas fugaces.

Distensión: nada es realmente normal,

solo el eco de tu pequeño mundo,

un charco donde flota tu ser,

siempre a un suspiro del naufragio.

Días de Libertad, Amaneceres sin Dueño: el Regreso del Látigo

Cada alba, un golpe, una cicatriz que crece en silencio. Palizas, garrotes: el lenguaje del amo, la costumbre clavada al amanecer.

Pero un día, el amo cae ¿fiebre y carne rota? y el silencio lleno el vacío del látigo. El esclavo despierta, huérfano de dolor, y no sabe qué hacer con esa calma brutal.

Espera. Un día, dos, tres... No hay mano que lo empuje a la tierra. Siente algo que apenas reconoce: alivio, un susurro de esperanza que florece donde antes reinaba la desesperanza.

Imagina la vida más allá de sus grilletes, el aire que no corta, el sueño que no teme la aurora.

Pero al quinto día, el amo regresa, con fuerza intacta, mirada de piedra. "¿Creíste que me olvidé de ti?" Y en un golpe despierta de su libertad prestada

La Paradoja del Juicio: Fragmentos de un Enigma, Siluetas de una Relación

Sin embargo, algo que te define es frágil,
esquivo, como querer atrapar al viento.
Por más que las palabras rocen,
es arduo delinear sin eludir
el vasto mundo que llevas dentro.
No intento definir a nadie,
me limito a observar, a ensamblar
los destellos de una relación incompleta.
Dices que tengo dificultad para ver el mundo
en tus palabras; y, sin embargo,
entiendo la vida en las mías.
Tú, tan intrincada, tan enigmática,
una mezcla inabarcable de astucia y juego,
de inteligencia salvaje y mirada pícara.
No sabes cuánto admiro tu modo
tan sencillo de pronunciar juicios,
con esa primera palabra breve, cortante,
como si tu voz supiera siempre el final.

La Cacería Interior: Espejos de miedos sometidos a nuestras sombras por las bestias de nosotros mismos.

Tus miedos son redes en las que cazas seres humanos;
no te basta con atraparlos, sino que insistes en domarlos,
aunque no te atreves a meter la cabeza
en las fauces del animal que dominas.

Buscas en otros lo que no encuentras en ti;
así alimenta esa imaginación turbada
que el mundo tiene en reserva,
creciendo como sombra en el fondo de cada mirada.

Cuando la inutilidad se vuelve un peso
que todos, por piedad o resignación, aceptamos,
es entonces cuando nos sometemos,
sin que nadie nos lo imponga, a su inevitable dominio.

Ecos de la Apariencia: Simulacros del Ser, Verdugos de lo Incomprendido siendo Inquilinos del Vacío.

Los medios se confunden con el fin,
y nos arraigamos en una realidad prestada,
dictada por aquellos que no piensan,
solo interpretan la parodia de un ser
que nunca será.

Cada pliegue de tu existencia es una máscara,
y ahora rezas, como si el murmullo
limpiara la oquedad en tu pecho,
como si borrara el eco de tu vida vacía.

Ineludiblemente, convivimos
con aquellos que piensan con las orejas,
temerosos,
peligrosos,
verdugos potenciales de lo que no comprenden,
árbitros torpes de una verdad
que los sobrepasa y mutilan.

Los Dueños del Espejismo: Reflejos de una jaula, la trampa en el espejo con ilusiones de superioridad.

La opinión, definitivamente,
es un prisma roto para mirar la realidad,
y, en sus fragmentos, ves al otro?
ese que te observa desde un pedestal minúsculo,
un superior en lo nimio, en lo efímero,
un ser que nunca puede errar.
Interpretas el mundo desde un reflejo borroso,
pensando que la verdad se disfraza de mentira
cuando desafía tus certezas;
la opinión, crees, te corona inteligente
por el simple hecho de ser tuya.
Ese trabajo que te abraza y alimenta
con ilusiones de seguridad:
piensas que todo está dado,
y cada mes te asombras de que te paguen,
aunque no sepas bien el cómo o el porqué,
y un leve cuestionamiento basta
para hacerte sentir a la deriva.
Estás en un lugar que te sacia
con verdades absolutas,
en el que ser esclavo
te da la ilusión de pertenencia,
y en la cumbre de ese espejismo,
te lidera un cautivo aún más hondo.

Detente un instante, y piensa en cuánto podrías revelar al mundo cuando ceses esa danza ciega.

Existen lazos humanos tan frágiles,
que no resisten un juicio;
se desmoronan en la primera mirada,
como ramas secas en el viento.
Ser, entonces, es un trabajo copioso,
un largo trayecto sin estaciones,
sin promesas de llegada,
un camino que exige tu permanencia,
y golpea en cada momento de flaqueza.
Hay cosas que brotan tan libres,
tan espontáneas, que las tomas sin preguntas,
las dejas ser, las dejas fluir,
pues de otra manera,
algo en este mundo estaría encarcelado.
La existencia es perecedera, sí,
pero aún más lo es el estado de ánimo,
ese espejo quebrado
que refleja tu inconformidad constante,
con la mujer que eres
y la que intentas construir.
En el arte de conciliar,
hay un obstáculo silencioso:
cuando quien media asume sensatez
como acto irrefutable,
y al otro lado, alguien asiente
sin escuchar más allá del ruido,
pensando solo con las orejas.
¿Qué hacer con el reproche a la opinión
cuando la tomas como acto moral?
Estableces, así, una distancia entre
tu verdad invicta y el simple acto de cuestionar.

Náufrago en tu Mar: A la orilla de la redención existe un sorbo de eternidad.

Me persigue el eco de un pensamiento:
si te odié, me odiaba a mí mismo;
si te amo,
es todo el amor que he encontrado en mí.
Eres mar,
pequeño y único para el universo,
inconmensurable para quien te habita.
Soy el náufrago que llegó a tus aguas,
un accidente bendito,
y aquí sigo, flotando en tu marea.
¿Cómo es posible que tanto océano
no pueda ser bebido?
Y sin embargo,
en la orilla donde la vida roza la muerte,
cuando todo miedo se reduce al mínimo,
un sorbo de ti me estremece.
Ese sorbo,
dulce y salado como el tiempo,
cuestiona toda mi existencia,
derriba muros de certezas
y al final,
me salva.

Ser un mito en el eco perdido de los otros.

Yo soy un mito.
Me toco, siento, y me duele.
En las callesjuelas perpetuas,
los dramas se repiten,
rostros anónimos en un desfile cíclico.
Son las mismas aves,
no migran, no huyen.
Hibernan sin estaciones,
se resguardan de algo innombrable,
un miedo antiguo, arraigado.
Evitan el sufrimiento a toda costa,
pero al hacerlo,
pierden el temblor del vuelo.
Son los mismos hombres,
las mismas mujeres,
figuras moldeadas por el eco del deber,
obedientes al reloj del mundo.
Avanzan, sí,
pero solo para perpetuar su sombra.
Progresan en lo normal,
consuman la expectativa social.
Necesitan héroes,
pues temen enfrentar su reflejo.
Nacidos en cubículos grises,
acumulan posesiones
como evidencia de un éxito sin alma.
El miedo es su brújula,
y sus destinos,
serán otros para no ser ellos mismos.
Reprochan la otredad,
pero alzan su voz contra el espejo,
exigiendo al mundo
que siga siendo el mismo.